Padre nuestro

Catequesis sobre la Eucaristía

INPAS
Instituto Pastoral Apóstol Santiago

18

PADRE NUESTRO

Antes de entrar en comunión con Jesús, en nuestra Eucaristía dominical, los cristianos debemos hacer una muy importante declaración de fe: a Dios le decimos "Padre Nuestro". Cumplimos de este modo con la hermosa enseñanza de Jesús. ¡Parece tan simple, pero es realmente extraordinario!

Con esas sencillas palabras estamos reconociendo que tenemos una inmensa familia y una multitud enorme de hermanos. O dicho de otra manera: estamos reconociendo que todos los hombres y mujeres de la tierra son hermanos nuestros. De cualquier clase social, de cualquier pensamiento político, de cualquier raza o religión, todos, pequeños o ancianos, buenos o malos, santos o pecadores, todos, son hermanos nuestros. ¡Fantástica realidad! ¡Excelente compromiso! ¡Importante misión la que se nos confía!

No es nada de fácil hacer nuestra la oración que Jesús nos enseñó. Tiene unas consecuencias gigantescas en nuestra vida cotidiana. En realidad sería demasiado fácil si sólo nos quedáramos en las palabras y no tomáramos en serio lo que están pronunciando nuestros labios. Es imposible para nosotros, si somos consecuentes, reconocer la Paternidad de Dios sin reconocer al mismo tiempo la Fraternidad humana. ¿Cómo amar a Dios a quien no se ve, sin amar al hermano al que se ve?

El Padre Nuestro nos hace entrar en comunión entre quienes participamos de la cena, con todos los creyentes y también con todos los hombres y mujeres de buena voluntad que hay en este mundo. Hay un vínculo poderoso en la humanidad que está dado por este Padre de todos. Antes de acercarnos al altar para recibir el Cuerpo de Jesús o para beber su Sangre nos declaramos clara y explícitamente "hermanos". El que no es capaz de hacer oración con el Padre Nuestro no puede acercarse al Banquete de la Eucaristía. Tan simple como eso.

En esta oración están las palabras más queridas del vocabulario cristiano: "Padre nuestro", Padre amado, Padre santo, Padre bueno, Tú, que habitas en el cielo y en la tierra, Tú que eres nuestro cielo, nuestra meta, nuestra plenitud y nuestro gozo: Que tu Nombre sea santificado y conocido, que tu Reino de verdad y de justicia venga hasta nosotros, que tu Voluntad se cumpla siempre y en todas partes porque es siempre lo más sabio y lo mejor...

Son palabras dirigidas directamente a Dios para bendecirlo y para expresarle nuestra alabanza y nuestra admiración.

Las palabras que siguen en esta oración, sin embargo, tienen relación con nuestra vida humana: Que no nos falte el pan de cada día en nuestra mesa ni el trabajo que nos permite ganarlo con sudor. Que no nos falte nunca el "pan vivo" que "ha

Este tema pertenece al Libro: "Partir el Pan", escrito por el Padre Cristián Precht B.
Material disponible en www.inpas.cl sección Liturgia

bajado del cielo y que da vida al mundo". Que el Padre nos perdone nuestras ofensas así como nosotros somos capaces y valientes para perdonar a los que alguna vez nos ofendieron. Que no caigamos en la tentación, ni en el pesimismo, ni en la depresión. Y que nos libre del mal o del maligno que acecha a la vuelta de cualquier esquina.

El ánimo con que Jesús nos enseña a orar así es el ánimo filial, confiado, directo, sencillo y claro. No hay aquí peticiones exageradas o grandiosas. Es sin duda, la oración del hijo que le abre su corazón al papá, sabiendo que puede confiar totalmente en él.

Es siempre importante para nosotros recordar que cuando nos relacionamos con Dios Padre no podemos marginar el amor a los hermanos. Las dos dimensiones deben ir siempre unidas. Cuando a Jesús le preguntaron por el "mandamiento más importante de la ley" Jesús respondió que el mandato primero era "amar a Dios con todo el corazón y con toda el alma", pero, para que nadie se equivocara, él mismo agregó "el segundo mandamiento que es semejante al primero es: amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Es importante valorar estas dos dimensiones del mismo y simultáneo amor. Un amor a Dios sin el amor a los hermanos de carne y hueso corre el riesgo de ser falso o parcial. Un amor al hombre sin el amor al Padre Dios se queda a medio camino y olvida la trascendencia de ese amor.

Esta es la razón por la cual, cuando se aproxima el momento de entrar en comunión con el Hijo Jesucristo, nos acordamos de los demás hijos. Al invocar al Padre tenemos presentes también a los hermanos. Las palabras que Jesús nos enseñó y que la Iglesia nos regaló desde el día de nuestro Bautismo quedan de esta manera registradas muy profundamente en el corazón.

"Señor, enséñanos a orar" pidieron los discípulos un día. Y eso pedimos igualmente hoy nosotros. Y Jesús, ayer y hoy, nos vuelve a repetir: "Cuando ustedes quieran orar, digan: Padre Nuestro..."

Sugerencias:

1. Resaltar de un modo especial la oración del Padre Nuestro. (Afiche, Canto)

2. Invitar a la Asamblea a levantar las manos hacia Dios, tal como oraban los Primeros cristianos.